

LOS ÚLTIMOS DESCUBRIMIENTOS CIENTÍFICOS
SOBRE CÓMO APRENDEN LOS NIÑOS

¿PADRES JARDINEROS O PADRES CARPINTEROS?



,

Por la autora del *bestseller* mundial *El filósofo entre pañales*

ALISON GOPNIK

Índice

Portada

Sinopsis

¿Padres jardineros o padres carpinteros?

Dedicatoria

Introducción. Las paradojas de los padres

Del modelo de los expertos sobre crianza a ser padres

Las paradojas

Las paradojas del amor

Las paradojas del aprendizaje

La singularidad de la infancia

El jardín del niño

1. Contra el *parenting*

Elogio del desorden

Las ideas que mueren en nuestro lugar

Exploración frente a explotación

Padres protectores

2. La evolución de la infancia

Dos imágenes

Cuentos aparte

La paradoja de la inmadurez

Aprendizaje, cultura y circuitos de retroalimentación

Variabilidad: las incógnitas desconocidas

Vuelta a los modelos de crianza actuales

3. La evolución del amor

El emparejamiento: es complicado

Variedades de amor

Las abuelas

Los alopadres

El misterio del compromiso

Las raíces del compromiso

- Los costes del compromiso
- El amor y el modelo de crianza de los expertos
- 4. Aprender observando
 - Los pequeños actores
 - El mito de las neuronas espejo
 - El origen de la imitación
 - Aprender acerca del mundo
 - Cuando los niños son mejores que los adultos
 - Sobreimitación
 - Rituales
 - La imitación en otras culturas
 - Hacer cosas juntos
- 5. Aprender escuchando
 - El aprendizaje por testimonio
 - La seguridad en uno mismo
 - ¿A quién vas a creer?
 - Contar historias
 - Preguntas y explicaciones
 - ¿Por qué preguntar *por qué*?
 - La cuestión esencial
 - Ya se las arreglará
- 6. La función del juego
 - Ratas peleonas
 - No parar quieto un segundo
 - Las cuentas de encastre y Popper
 - Fantasear
 - Bebés bayesianos
 - Clases de mentes
 - Robots que bailan
 - Más allá de la señorita Havisham
- 7. Crecer
 - El aprendizaje práctico
 - Habilidades escolares
 - Pensar de manera diferente
 - Trastorno por déficit de atención
 - Educación escolar y aprendizaje
 - El patio de recreo
 - Los dos sistemas de la adolescencia

8. El futuro y el pasado: los niños y la tecnología

El cerebro lector

Un mundo de pantallas

El Edén y *Mad Max*

El trinquete tecnológico

La ciudad de la web

¿Qué hacer?

9. El valor de los niños

Vínculos privados y políticas públicas

Encontrar el dinero

Los mayores y los jóvenes

Trabajo, juego, arte, ciencia

Conclusión

Notas

Bibliografía

Agradecimientos

Índice temático

Notas de la Traductora

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:





Sinopsis

En contra de los modelos actuales de crianza, ser padres no es una labor de carpintería, no es un trabajo que tenga como objetivo «tallar» a un niño para convertirlo en un modelo particular de adulto. Por el contrario, ser padres es como cuidar un jardín. La labor de los padres es la de procurar un medio fértil, estable y seguro que permita prosperar a muchas variedades de flores. Crear un ecosistema vigoroso y flexible que facilite que los propios niños desarrollen muchos, variados e impredecibles tipos de adultos futuros. Se trata también de favorecer una relación humana específica, un amor comprometido e incondicional, entre un progenitor concreto y un hijo concreto.

ALISON GOPNIK
¿PADRES JARDINEROS
○
PADRES CARPINTEROS?

Los últimos descubrimientos científicos
sobre cómo aprenden los niños



*Para Pa Boot y Augustus, Georgiana y
Atticus,
mis amores tardíos.*

INTRODUCCIÓN

LAS PARADOJAS DE LOS PADRES

¿Por qué ser padres? El cuidado de los hijos es exigente y agotador, y sin embargo, para la mayoría de las personas es también profundamente satisfactorio. ¿Por qué? ¿Qué hace que merezca la pena?

Una respuesta habitual, sobre todo para los padres y las madres de clase media de la actualidad, es que se es padre o madre para hacer eso que se llama *parenting*[1]. *To parent* es un verbo que describe una actividad orientada a la consecución de objetivos; describe un empleo, un tipo de trabajo. El objetivo es convertir a tu hijo en un adulto mejor, o más feliz, o más exitoso, mejor de lo que sería de otro modo, o —aunque esto solo lo susurramos— mejor que los hijos del vecin.º El tipo apropiado de *parenting* dará como resultado el tipo apropiado de niño, quien a su vez se convertirá en el tipo apropiado de adulto.

Claro, que a veces la gente utiliza la palabra *parenting* solo para describir lo que los padres hacen en realidad. Pero con más frecuencia, sobre todo en la actualidad, *parenting* se refiere a algo que los padres *deberían* hacer. En este libro argumentaré que ese modelo normativo de crianza es esencialmente erróneo desde los puntos de vista científico, filosófico y político, así como desde el mío personal. Es entender equivocadamente cómo padres e hijos actúan y piensan en realidad, y es entender de forma igualmente equivocada cómo deberían pensar y actuar. De hecho, este modelo de crianza ha complicado la vida a padres e hijos, en lugar de facilitársela.

La idea de esta crianza profesionalizada está tan extendida y es tan seductora que podría parecer evidente, incontrovertible y obvia. Pero al mismo tiempo que los padres — incluida, sin duda, la madre que escribe este libro— se sienten atraídos por este modelo de crianza, sienten también, a menudo de forma vaga, que hay algo en él que no funciona[1]. Nos preocupamos porque nuestros hijos no sacan buenas notas en el colegio y, al mismo tiempo, porque sufren debido a la presión a la que se ven sometidos para que las saquen. Comparamos a nuestros hijos con los hijos de nuestros amigos y luego nos sentimos despreciados por hacerlo. Leemos la última noticia que alaba o critica la última fórmula de crianza y luego decimos, quizá un poco demasiado alto, que, después de todo, en la práctica seguimos actuando por intuición.

Trabajar para conseguir un resultado concreto es un buen modelo para muchas empresas humanas importantes. Se trata del modelo adecuado para carpinteros, escritores o empresarios. Podemos valorar si alguien es un buen carpintero, escritor o empresario por la calidad de sus sillas, sus libros o el balance financiero. En estas teorías de la educación infantil, la crianza sigue el mismo modelo. Los padres son una especie de carpintero; sin embargo, el objetivo no es producir un tipo determinado de producto, como una silla, sino un tipo determinado de persona.

En el trabajo, la experiencia lleva al éxito. La promesa de estas teorías sobre la crianza es que hay una serie de técnicas, una cierta pericia, que los padres podrían adquirir y que les ayudarían a conseguir el objetivo de moldear la vida de sus hijos. Y ha surgido una considerable industria que promete proporcionar exactamente esa pericia. Hay unos sesenta mil libros en la sección de crianza infantil de Amazon, y la mayoría de ellos tienen la palabra «¿Cómo...?» en el título.

Por supuesto que muchos de estos libros simplemente dan consejos prácticos sobre ser padres. Pero son muchos más los que prometen que si los padres llevan a cabo las

técnicas adecuadas, pueden influir sustancialmente en cómo saldrá el niño.

Sin embargo, este modelo de crianza no es solo lo que encontramos en los libros de información práctica. Ese modelo determina lo que la gente piensa sobre el desarrollo de los niños en general. Soy especialista en psicología del desarrollo: trato de comprender cómo es la mente del niño y por qué es así. Pese a ello, casi todas las personas que me entrevistan sobre la ciencia de la infancia siempre me hacen alguna pregunta acerca de lo que los padres deberían hacer y cuál será el efecto a largo plazo de lo que hacen.

Esta idea de crianza es también una importante fuente de desasosiego para los padres, sobre todo para las madres. Contribuye a alimentar las interminables «guerras de madres». Si aceptamos la idea de que la crianza de los hijos es una clase de trabajo, entonces debemos elegir entre esa clase de trabajo y otras clases de trabajo (como, por ejemplo, el trabajo). Las madres, en particular, se pasan la vida confusas y a la defensiva con respecto a si es posible ejercer satisfactoriamente de madre y trabajar de igual modo en otras actividades, y se ven obligadas a elegir entre restar importancia a la maternidad y renunciar a su profesión. Pero los mismos dilemas afectan a los padres varones, en mayor grado aún puesto que no tienen el mismo reconocimiento.

En parte como consecuencia de ello, se da el impulso compensatorio de subestimar la importancia de ser padres; de ahí las sarcásticas memorias en las que algunas mujeres tímidamente confiesan su ambivalencia hacia la maternidad. Después de todo, si ser padres es una especie de trabajo destinado a la creación de un adulto satisfactorio, es un pésimo empleo, con infinidad de horas laborales, salario y prestaciones inexistentes y muchas cargas. Y durante veinte años no tenemos ni idea de si lo hemos realizado bien, un hecho que de por sí convertiría este trabajo en una actividad estresante que provoca sentimientos de culpa. Pero si no es una clase de trabajo, ¿por qué lo hacemos? Y

si el fin no es crear un tipo determinado de adulto, ¿qué sentido tiene?

Yo también soy una de esas personas preocupadas, trabajadoras de clase de media con hijos, y siempre he sentido hacia ese modelo de crianza de expertos atracción y rechazo al mismo tiempo. Mis tres hijos son ya adultos, razonablemente felices y afortunados, y están empezando a tener familia propia. Pero también me he descubierto a mí misma evaluando permanentemente mi responsabilidad — ¿o debería decir mérito?— en los altibajos que han tenido en la vida. ¿Fui sobreprotectora al llevar todos los días a mi hijo pequeño al colegio cuando tenía ocho años? ¿O negligente por no hacer lo mismo cuando cumplió nueve? Quise que mis hijos siguieran su propio camino y descubrieran sus dones. Pero, ¿debería haber insistido en que mi hijo mayor terminara los estudios universitarios en lugar de que se empeñara en ser músico? Creía —y sigo creyendo— que los colegios públicos buenos son los mejores para todos los niños. Pero, cuando mis dos hijos mayores lo pasaban mal en el instituto local, ¿debería haberles mandado a un exclusivo colegio privado de las afueras, como hice con el pequeño? ¿Debería haber obligado a mi hijo pequeño a apagar el ordenador y leer?, ¿o debería haberle dejado estudiar programación? ¿Cómo podría haberme asegurado de que mi «dotado» segundo hijo tenía tiempo libre para jugar, y hacía los deberes y al mismo tiempo asistía a clases particulares de matemáticas avanzadas y a clase de ballet? Y lo más difícil, me divorcié cuando mi hijo pequeño acabó la secundaria. ¿Debería haberme divorciado antes o después, o no haberlo hecho?

Mi especialidad profesional sobre el desarrollo no ha contribuido a que tenga más respuestas que los demás. Si miro retrospectivamente mis casi cuarenta años ejerciendo de madre, sospecho que la mejor respuesta es que esas no son las preguntas que hay que hacerse.

Reflexionar sobre la propia experiencia como padres puede que nos haga ser escépticos en lo que respecta al modelo de cuidado infantil basado en los consejos de los

expertos. Pero cuando se reflexiona sobre otros padres e hijos ese modelo tampoco convence. Después de todo, los miembros de mi generación, los afortunadamente protegidos y prósperos niños de la posguerra, no son un avance espectacular respecto de nuestros padres, pertenecientes a la Gran Generación, que crecieron en medio de los sufrimientos de la depresión económica y la guerra. Y todos conocemos a personas con infancias terribles que llegaron a ser adultos maravillosos y padres afectuosos, y a buenos padres que terminaron con hijos trágicamente desgraciados.

El hecho más elocuente y desgarrador que cuestiona ese modelo de crianza surge cuando pensamos en los padres de niños que no llegarán a ser adultos. En 2011 Emily Rapp[2] escribió un artículo sumamente conmovedor y muy difundido sobre su hijo, Ronan, que ella sabía que moriría de la enfermedad de Tay-Sachs antes de que cumpliera tres años. Eso no influyó en la intensidad del amor que sentía por él. Su hijo no llegaría a convertirse en adulto, y sin embargo nos parece que Emily Rapp y otras personas como ella son los ejemplos más profundos de lo que significa ser padres.

¿Es importante entender por qué ser padres merece la pena? Las preocupaciones sobre padres e hijos a menudo se ven relegadas a las secciones de Estilo de las revistas y a los blogs de madres. Pero en este libro sostendré que, en realidad, esas preocupaciones cotidianas reflejan profundos y genuinos aspectos de la condición humana misma, conflictos que forman parte de quiénes somos como seres humanos. Desde un punto de vista biológico, nuestra infancia excepcionalmente larga e indefensa, y la enorme inversión en los niños que ello conlleva, es una parte crucial de lo que nos hace humanos. ¿Qué fin tiene esa inversión? ¿Por qué se desarrolló?

Comprender por qué ser padres merece la pena no es solo una cuestión personal o biológica, sino también social y política. En toda la historia de la humanidad, el cuidado de los niños nunca ha sido solo una función de los padres